

nos que huir de pavotidas para librarnos de su ferocidad, abandonando nuestra morada y nuestras riquezas, de que bien pronto se apoderaron nuestros enemigos.

En este momento tuvimos la suerte de vernos auxiliadas por mi padre y por mi amante, que corrian en nuestro socorro, y cuya existencia ignorábamos y creíamos sacrificada al acero vencedor. Sus dulces brazos nos sirvieron de escudo; y atropellando por entre la desenfrenada multitud, nos condujeron á la Alcazaba, donde nuestro Rey Abengama se habia refugiado con 20,000 de nuestros desgraciados hermanos, decididos á apurar sus fuerzas defendiéndose, ó á perecer antes que entregarse cobardemente al orgulloso Conquistador. Ah! cuanto mas les valiera habernos dejado morir en aquel trance! No hubieran sido tan horribles los días posteriores de su desgracia y la nuestra! Pero el Cielo quiso que conservasen mi vida, para que solo sirviese á precipitar la pérdida de las tuyas, y para que el tormento continuo de tan horribles recuerdos consumiese con lentitud á la infeliz que habia de sobrevivirles.

Transcurridos algunos días en defender la Fortaleza, los recursos se agotaban; pero el Rey, el Príncipe Yahia Abenhit Alnayar que en su nombre gobernaba el reino, mi padre y otros caudillos de nuestro ejército, repetian sus juramentos de morir antes que entregarse. Nuestras lágrimas y las de nuestras compañeras de infortunio, mezcladas con el inocente llanto de los hambrientos niños que conducian en sus brazos maternales, lograron al fin enternecerlos, y entablaron las negociaciones de paz con nuestros sitiadores.

Quando, convenida la suma que habia de entregarse por nuestro rescate, se nos permitió la libertad, cada familia se albergó donde pudo encontrar un lugar, no deseado de nuestros enemigos. Mis padres, mi amante y yo permanecemos en la ciudad, llorando la temprana muerte de mi querido hermano y la suerte aciaga de nuestro país. ¡Aun nos quedaban mayores males que padecer....!

Bien conoces la parte tan activa que los Genoveses habian tomado en vuestra conquista, y que orgullosos por ella, ya que no pudieron

disputaros el triunfo, quisieron mantener cierto dominio, y se creyeron autorizados para grandes exigencias. Su Cónsul, Oton Bombilano, cuyo solo nombre me horroriza, habia osado fijar en mí sus torpes amores, que supe rechazar con desprecios, y que cuidaba de ocultar á mis padres y á mi amante. Pero enfurecido con mi resistencia, juró vengarse de lo que llamaba mi ingratitud, y el traidor se vengó por fin.

Uno de sus criados delató á mi padre y á Zeilan de conspiradores, y muy pronto fueron constituidos en prision. Viéndome sola y desamparada, redobló sus ofertas y sus amenazas; pero unas y otras produjeron el mismo efecto.

Mi madre y yo nos arrojamos llorosas á los pies del Conde D. Ponce: y este Gobernador siempre duro, siempre inflexible, nos hizo perder las esperanzas. Oton le estimulaba al castigo, y al mismo tiempo me ofrecia la libertad de mi padre y de Zeilan á aun precio bien caro. Ah! jamás hubiera consentido en otorgárselo...! Al fin el Conde se mostró sensible á nuestras quejas, y á los pocos días nos concedió la gracia que le solicitábamos, con la condicion de que abandonásemos la ciudad.

Gozosos emprendimos los preparativos de nuestra marcha: y una noche en que el viento se presentaba favorable, salimos con intencion de embarcarnos para las vecinas costas del África, donde debia realizarse mi himenéo....

Al llegar á esta parte de la historia, las lágrimas embargaron la voz de la sensible Zaida, á cuya mente acudieron en tropel mil recuerdos ensangrentados. Repuesta al fin, y animada por el Cristiano, prosiguió entre sollozos y cada vez mas conmovida.

Quando ya nos hallábamos cercanos al puerto, de repente nos acomete un grupo de hombres armados, que nos esperaban ocultos detras de un peñasco, y á cuya cabeza pude distinguir á uno de los criados del infame Genovés. La lid se traba entre ellos y mi decidido amante, á quien mi padre ayuda con sus escasas fuerzas. Pero ah! la sangre de los dos infelices corre á torrentes, y humedece mis vestidos y salpica en mi rostro: mi pobre madre ha sido herida tambien, por querer defender-